

LOS EFECTOS ESPECIALES
EN LAS FIESTAS VIRREINALES
DE NUEVA ESPAÑA Y PERÚ

Solange Alberro
El Colegio de México

Antes de abordar nuestro tema, debemos hacer una breve reflexión sobre lo que hoy en día entendemos por “efectos especiales”, porque sería un anacronismo dar a esta expresión aplicada a los siglos virreinales el significado que nos parece evidente por ser actual. En efecto, desde el advenimiento de las bases de datos, la televisión, la ciencia ficción y el cine, los desarrollos tecnológicos del universo audiovisual han vuelto familiares y hasta banales, al menos para los niños y adolescentes de la segunda mitad del siglo pasado y del inicio de este tercer milenio, los hechos y las situaciones más inverosímiles y sobrenaturales. Así, cruzando vertiginosamente nuestras pantallas, vemos cómo los seres humanos vuelan en los espacios siderales, traspasan obstáculos en principio invencibles, se disuelven, esfuman, evaporan, se metamorfosean en criaturas eventualmente fantásticas, cómo los edificios, monumentos, lugares públicos, aviones, y todo lo que cons-

Fecha de recepción: 25 de marzo de 2009

Fecha de aceptación: 13 de abril de 2009

tituye el escenario de la vida urbana puede estallar, sumirse en el vacío, volatilizarse por medio de rayo láser, cómo los monstruos más improbables surgen de alcantarillas en medio de muchedumbres aterrorizadas o se desploman sobre ellas desde las nubes o los rascacielos vecinos, etc., ya que ahora los recursos tecnológicos lo permiten todo. Los humanos aparecen fuertemente sexualizados y son revestidos de trajes especiales que los estilizan y al mismo tiempo los estereotipan, de modo que carecen de personalidad propia. Suelen dividirse en dos categorías antagónicas, “los buenos”, que luchan contra “los malos”, a los que acaban siempre por vencer, pues los códigos de la moraleja siguen siendo los mismos de siempre. En resumidas cuentas, lo que llamamos “efectos especiales” consiste en una mezcla constante de situaciones y elementos reales y a menudo triviales, — una calle concurrida, la salida de una oficina, de un cine, una autopista un fin de semana, una reunión familiar, etc. — con elementos virtuales, a los que los recursos tecnológicos de la industria audiovisual confieren modalidades y potencialidades infinitas.

Pero por otra parte, existen representaciones — teatrales, periodísticas pero sobre todo cinematográficas — de carácter netamente histórico. Pensemos en la filmografía de un Cecil B. de Mille por ejemplo, en producciones centradas en los personajes de Cleopatra, Espartaco, Nerón, Ricardo Corazón de León, Cristina de Suecia, Napoleón, Jesucristo, etc., y en todas las que versan sobre un individuo relevante o un acontecimiento histórico particular. Éstas incluyen forzosamente el recurso a efectos especiales, para representar, por ejemplo, incendios, tempestades, asaltos a ciudades y fortalezas, batallas, irrupciones volcánicas, etc. Pero mientras los efectos especiales en las películas anteriormente mencio-

nadas tienen como fin introducir lo fantástico y lo virtual en un contexto banal para producir una mezcla híbrida y desconcertante de los dos universos, en la filmografía de tipo histórico buscan, al contrario, representar la realidad de una escena, una situación, que de hecho no puede ser recreada sin recurrir a ellos. De modo que si bien es posible dejarnos implicar al menos visualmente en una película de ficción, seguimos siendo capaces de distinguir en cualquier momento lo que en ella es estrictamente humano, real y objetivo — el bien/ el mal, sentimientos como el amor, el odio, la venganza— y lo virtual, con su despliegue de vuelos, metamorfosis diversas, intervención de objetos y personajes fantásticos o supuestamente extraterrestres.

En cambio, en el caso de la cinematografía histórica, no reparamos prácticamente en el recurso a estos efectos especiales, puesto que se recurre a ellos precisamente con el fin de que reproduzcan y recreen situaciones y escenarios reales. En suma, si podemos distinguir en el primer caso lo real de lo virtual, no lo distinguimos en el segundo, ya que allí lo virtual tiene por único fin el simular lo real.

Algo semejante sucedía en los siglos pasados, donde las fronteras entre lo real y lo virtual eran por principio mucho más borrosas y fluidas y por tanto se confundían y permeaban constantemente. Tomemos el ejemplo de las novelas de caballería, que nutrieron la imaginación de tantas generaciones, en particular en el mundo ibérico: en ellas, lo real y lo virtual eran indisolubles. En efecto, en ellas, vemos que ciertos personajes históricos coexistían con entes fantásticos tales como gigantes, duendes, hadas, fantasmas y demás entes fantásticos. Los países y lugares eran reales puesto que llevaban a veces nombres que lo eran — Bretaña,

Inglaterra, Gaula, etc.— pero eran a la vez míticos y los acontecimientos relatados mezclaban hechos históricos con hazañas y desgracias que a menudo habían ocurrido en otros tiempos y circunstancias y modalidades diferentes de las que eran representadas. Los propósitos mismos que inspiraban a los héroes conjugaban la ficción y la leyenda con móviles humanos muy concretos: el amor movía al que intentaba liberar a la hermosa doncella cautiva de un dragón o de un hechicero, la sed de venganza impelía a otro acometer aventuras imposibles y hasta sabemos cómo la búsqueda de la fuente de la juventud —que tornaba mozos a los viejos— lanzó a no pocos conquistadores a los mares, pantanos, desiertos y selvas del continente americano recién descubierto, mientras otros fueron en pos de las fascinantes y temibles amazonas y otros más se empeñaron en descubrir el lejano y exótico reino del Preste Juan. O sea, en aquellas novelas e incluso en algunos acontecimientos que tuvieron carácter histórico como la búsqueda de la fuente de juventud o de las amazonas, se conjugaban de manera indisociable elementos reales —escenarios, hechos y actores— con otros que eran totalmente míticos e incluso fantásticos.

Las vivencias religiosas, entre otras, participaban entonces y reforzaban incluso la osmosis entre la esfera de lo inmanente —concreto, objetivo, terrenal— y la de lo trascendental —sobrenatural. En efecto, al hacer depender la salvación eterna del ser humano de su destino terrenal, se establecía una correspondencia directamente complementaria entre las dos esferas. Así, el ser humano recibía al nacer la protección sobrenatural de uno o varios santos cuyos nombres le eran atribuidos en el bautizo y durante toda su vida, el generoso panteón católico le brindaba el amparo de cuantos santos

se especializaban en la prevención y curación de todas las dolencias físicas y morales que suelen agobiar al género humano. Concretamente, esto significaba que la vida diaria de los hombres estaba marcada por la intervención constante de los sobrenaturales. Si bien la intermediación de Dios Padre, Jesucristo y el Espíritu Santo era a menudo invocada como recurso superior, la virgen María y sus incontables advocaciones y la larga retahíla de los santos y mártires eran requeridos en la mayoría de las circunstancias más triviales y comunes: desde los dolores de muelas, de parto, las calenturas, hasta las tempestades, los males de amores y las persecuciones de deudores y hasta la buena sazón del puchero, todo podía ser encomendado a un santo diligente que no dejaría de intervenir en auxilio de quien se lo pidiera.

La intervención sobrenatural llevada a su extremo tenía un nombre, era reconocida por la Iglesia y la sociedad e incluso desempeñaba un papel fundamental en la religión católica: era el milagro, obrado por algún santo, Jesucristo, Dios Padre o la virgen María. El milagro era —y sigue siendo— el testimonio fehaciente que permitía la entronización de un difunto en los altares, era también la manifestación de la constante intervención divina en los negocios de los hombres y el recuerdo de la comunicación permanente que mantenía el mundo terrenal con el sobrenatural. Para nuestros antepasados, el milagro, que podemos considerar aquí como la manifestación por excelencia de poderes y efectos especiales, resultaba ser la mayor y la más convincente prueba de la existencia de Dios y de su reino sobrenatural. Fuerza es reconocer que la ignorancia o si se quiere, los conocimientos limitados en materias científicas o incluso en áreas como la historia y la geografía, facilitaba mucho la creencia en

los milagros, ya que todo lo que escapaba a la experiencia directa de los espectadores y sobre todo a su comprensión, aparecía como milagroso. De ahí que el milagro resultaba ser a la vez excepcional en la medida en que procedía de la esfera sobrenatural, pero también muy común y familiar ya que parecía producirse frecuentemente y a propósito de toda clase de situaciones. En consecuencia, podemos considerar que cuanto era percibido como excepcional, inaudito, inexplicable o hasta extraño remitía eventualmente al milagro o al menos a su modalidad más profana y trivial, lo maravilloso. Así, los “efectos especiales” ocupaban un campo mucho más amplio del que ahora es el suyo. En efecto, si hoy en día éstos se limitan esencialmente a propiciar la intervención de lo fantástico/extraterrestre en un contexto terrenal, o si, como en la cinematografía de tipo histórico, tienen por fin simular la realidad, los siglos XVI-XVIII y hasta XIX, permitían que todo cuanto era desconocido, extraño e inexplicable a un público ampliamente analfabeta e ignorante de manera general apareciera como maravilloso. Así, gracias a los efectos especiales, quienes presenciaban fiestas y celebraciones virreinales se asomaban a un mundo tan incomprensible como maravilloso para ellos. Ahora bien, este carácter maravilloso estaba de hecho en relación directa con la estrechez de su mundo cotidiano y más generalmente, de su ignorancia.

LA METAMÓRFOSIS DEL ESCENARIO

Si bien las ciudades grandes y pequeñas e incluso los pueblos llevaron a cabo numerosos festejos, sólo disponemos de relatos concernientes a las grandes festividades celebradas en las capitales americanas como México, Lima y ciudades

importantes como Potosí, en el Alto Perú o Puebla de los Ángeles, en la Nueva España, amén de algunas otras como la antigua capital incaica, Cuzco, o Ibarra, en el actual Ecuador, entre otras. Los lugares escogidos para las procesiones y celebraciones diversas eran obviamente los más significativos de estas ciudades: las plazas mayores, dominadas por las catedrales, los palacios virreinales o los edificios públicos más relevantes, las calles céntricas donde se erguían las iglesias y los conventos de las principales órdenes religiosas y las moradas de las familias de alcurnia. Pero para poder celebrar debidamente estos festejos, era preciso cambiar la fisonomía demasiado familiar de estas calles y plazas, casas y palacios, revistiéndolos de las galas apropiadas. Así, las entradas y fachadas de los que flanqueaban las calles recorridas o las plazas solían ocultar su cantera bajo suntuosos tapices y los balcones transformados en palcos ricamente adornados ostentaban a mujeres revestidas de sus mejores prendas. Las calles mismas, que carecían de pavimentación y estaban normalmente llenas de inmundicias, amanecían barridas y recubiertas de juncia y flores frescas. Pero si los tapices, la juncia y las flores nos parecen hoy en día recursos a la vez sencillos y naturales y de ninguna manera excepcionales, no siempre lo fueron en los siglos pasados y menos en ciertas ciudades. Así por ejemplo, en la ciudad Imperial del Potosí, asentada a casi 4 000 m de altura en páramos andinos gélidos, era preciso traer desde valles lejanos situados a unas 30 o 40 leguas y que gozaban de clima más templado los árboles, ramas y flores que adornarían los arcos que se levantarían en las calles y hermosearían los altares de las iglesias. En la fiesta celebrada el 20 de junio de 1624, con ocasión de la canonización de san Ignacio de Loyola, se arboló enteramente

una calle por la que pasaría la procesión, con “cedros, cipreses, sauces, olivos, manzanos”, aunque éstos lucieran como “mediana verdura”, a causa del largo camino que había sido preciso recorrer para traerlos a la ciudad Imperial.¹ De los arcos que se levantaban de trecho en trecho, solía colgarse cantidad de espejos, platos y charolas de plata que refulgían al sol, cegando con sus reflejos los ojos de los vecinos.² Estos verdes ramajes, estas coloridas y perfumadas flores, los espejos y la platería refulgente, tenían un carácter y cumplían una función a la vez excepcional y admirable para una población acostumbrada a vivir en un duro entorno mineral donde nada crecía y se imponía un frío perenne, pues junto con los coloridos tapices traídos de países lejanos, lograban transformar las calles y casas del adusto vecindario en las amenas huertas y los fastuosos palacios de regiones que su lejanía volvía míticas.

En la ciudad de México, los arcos triunfales que solían alzar los indios en las grandes festividades ostentaban, junto a espejos y objetos de plata encargados de multiplicar los rayos solares como sucedía en Potosí, finos e ingeniosos adornos de paja, ramas y flores y a multitud de “conejos, liebres, palomas, tórtolas, patos y garzas vivas” los que atados de una para o de un ala a la construcción principal, luchaban por liberarse y por tanto, imponían a los follajes y adornos del arco un aleteo y movimiento constantes.³ O sea, el arco

¹ ARZÁNS DE ORSÚA Y VELA, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, t. I, p. 390.

² ARZÁNS DE ORSÚA Y VELA, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, t. III, pp. 47-48.

³ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica e historia*, t. I, p. 249; ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, pp. 441-443.

indígena tenía, aparte del significado simbólico que pregonaban sus figuras y jeroglíficos, un valor estético en el que el cinetismo aparecía como un elemento excepcional.

Mientras las calles eran recorridas por las diversas procesiones, las plazas mayores solían ser el escenario predilecto donde culminaban las fiestas virreinales. La presencia de la catedral, del palacio virreinal en las capitales Lima y México, de los principales edificios públicos en las demás ciudades, las convertía naturalmente en el corazón urbano, punto de partida o llegada de muchas procesiones y manifestaciones. Además, sus amplios espacios junto con las construcciones majestuosas que las rodeaban se prestaban al despliegue de los espectáculos más imponentes, por las muchedumbres de actores y espectadores que en ellas encontraban cabida. Allí es donde se levantaban las construcciones efímeras de gran tamaño, — castillos, palacios, bosques, jardines, etc. — se libraban batallas pedestres, ecuestres y hasta navales, cazas, torneos, mascaradas, eran representadas comedias y obras inspiradas de la mitología o la Biblia y espectáculos diversos, donde se producían grupos de danzantes y músicos, quedando los espectadores repartidos en los balcones de los edificios circundantes, las gradas levantadas alrededor de la plaza y en cualquier lugar donde cupieran. De modo que la plaza mayor, que normalmente solía estar concurrida por muchedumbres de funcionarios, pordioseros, paseantes de toda clase y colmada de comercios semifijos y mercadillos, amén de la fuente y de la piqueta que no podían faltar, era convertida para las grandes festividades virreinales en un teatro adornado con las galas que correspondían a la grandeza de sus edificios y a la solemnidad de la celebración. Así, mediante las tradicionales colgaduras, los arcos triunfales

que refulgían con los espejos y las piezas de plata, la juncia, enramadas y flores de los indios, el escenario urbano de todos los días empezaba a transformarse en el decorado digno de enmarcar las fiestas virreinales.

LA NOCHE SE HACE DÍA

Se sabe cómo hasta bien entrado el siglo XVIII, las ciudades del viejo mundo y las coloniales de América carecían de iluminación pública, de modo que la oscuridad imperaba en plazas y calles en cuanto anochecía. Así las cosas, el vencer la oscuridad y sustituirla con derroches de luz constituyó un anhelo y un reto constante para los promotores y organizadores de festividades. Por esto, los relatos que llegaron hasta nosotros rebosan de descripciones y apreciaciones superlativas concernientes a los éxitos logrados en este punto y expresiones como “la noche parecía día”, “desterrar la oscuridad”, etc., resumen cabalmente la impresión de gozo y triunfo maravillado que embargaba a quienes vivían estas experiencias poco frecuentes. Las casas particulares, los edificios públicos, las iglesias y hasta los conventos adornaban sus fachadas, ventanas y balcones con cientos y hasta miles de teas de resinosos, hachas, velas y “luminarias” de todo tipo y en las azoteas, incluso las conventuales, era común prender verdaderas hogueras. Así, cuando se llevaron a cabo las fiestas para celebrar la beatificación de Ignacio de Loyola en 1610 en la ciudad de México, se pudo ver a religiosos carmelitas que subían en su hombros haces de leña para encender fogatas en la terraza de su convento.⁴ Las iglesias eran iluminadas por

⁴ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica e historia*, t. I, p. 243.

centenares de cirios que ardían ante los distintos altares, en honor a los santos que los presidían, mientras las calles y plazas se llenaban de “fuegos” de diversa naturaleza. Tomando en cuenta los medios disponibles, se usaba profusamente de los resinosos, de inventos de pólvora de toda clase, de “cera” blanca o corriente pero también eventualmente de “luces de alcanfor”, como sucedió durante la fiesta de beatificación de Rosa de Lima celebrada en la capital de la Nueva España.⁵

EL RUIDO ES ALEGRÍA

Pero no sólo era preciso desterrar la oscuridad de la noche, sino también su pesado silencio, que en tiempos normales sólo era roto por los toques de campanas conventuales y el ladrar de los perros errantes. De nuevo, se recurría a todos los medios para conjurar este silencio y sustituirlo por los ruidos más diversos y estruendosos posibles: salvas de artillería y mosquetería, eventualmente cañonazos, bombas, cohetes, cámaras, ruedas, tiros y buscapiés, campanadas de iglesias y conventos que rivalizaban entre sí en cuanto a tañidos se refiere y el alboroto ocasionado por los diversos juegos e inventos de la pólvora con los que los vecinos expresaban su regocijo. La música desempeñaba también un papel importante en la lucha contra el silencio nocturno. Como la mayoría de las fiestas virreinales tenía carácter

⁵ La pólvora, que bien merecería un estudio particular, constituyó un recurso fundamental desde el teatro evangelizador. Permitió representar los efectos de la cólera divina, el infierno, el diablo, etc., para la edificación de indígenas neófitas. Véase la temprana comedia del Juicio Final del padre fray Andrés de Olmos y MORALES PASTRANA, *Solemne, plausible y festiva pompa*.

total o al menos parcialmente religioso, las iglesias retumbaban con el fragor de los órganos, las oleadas armoniosas que provenían de los coros, los cánticos entonados por los seglares y el pueblo cristiano. Las monjas participaban activamente en estas funciones y en cada ciudad existía algún convento particularmente renombrado por las voces y las aptitudes musicales de sus religiosas. Vemos por ejemplo cómo, de nuevo en la fiesta de beatificación de Ignacio de Loyola, en la ciudad de México, algunas monjas subieron a la azotea de su convento para cantar *Te Deum Laudamus* acompañándose de instrumentos musicales. Si consideramos que las religiosas quedaban invisibles a causa de la noche que las envolvía y por estar en una azotea rodeada de un muro, no dudemos que sus cantos, que parecían bajar del cielo, causaban a los oyentes de los alrededores un efecto sin lugar a dudas angelical.⁶ También algunos vecinos solían disponer en sus azoteas “ternos de ministriles y trompetas”,⁷ a los que se aunaban u oponían los atabales y chirimías de los indios, las flautas y tamboriles de los músicos que recorrían las calles de la ciudad. Por tanto, al derroche de luz, correspondía el de ruidos y sonidos, de modo que, para regocijo de todos, “parecía que se hundía la ciudad”.⁸ En otras palabras, la ciudad habitualmente nocturna, oscura, silenciosa y solitaria se volvía con ocasión de las fiestas, diurna, luminosa, estruendosa y pletórica. El escenario urbano vuelto ahora un gran teatro, desterraba la noche, se llenaba de estrépito y de muchedumbre y por unas horas o

⁶ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica e historia*, t. I, p. 243.

⁷ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica e historia*, t. I, p. 252.

⁸ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica e historia*, t. I, p. 245.

unos días, se imponía un mundo sensorial nuevo e intenso que enardecía las imaginaciones.

LOS BUENOS OLORES

Las ciudades de la América colonial, como sus hermanas del viejo mundo, eran pestilentes. Bástenos recordar que los sistemas de drenaje no aparecieron antes del siglo XIX, que la recolección de basura empezó tímidamente en las capitales virreinales a finales del siglo XIX, que la noción de higiene aún no emergía en el horizonte conceptual y finalmente, que lo que entendemos hoy por “limpieza” nada tenía que ver con lo que nuestros antepasados entendían bajo este vocablo. La ciudad de México estaba surcada de una red de canales que los cronistas describen como llenos de inmundicias y sabemos que la basura se amontonaba en las calles y plazas de las ciudades más opulentas mientras las aguas negras estancadas mantenían lodazales permanentes. De ahí la necesidad imperiosa de ocultar las miasmas y los hedores acostumbrados mediante la producción sistemática de olores agradables, cuando se trataba de construir a partir de la ciudad de siempre el escenario excepcional de la fiesta. Aunque los relatos no mencionan sus efectos olfativos, es evidente que las numerosas invenciones de pólvora y azufre y las luminarias omnipresentes —hachas y teas de ocote y otros resinosos, cirios y velas de sebo, de cera fina, luces de alcanfor, etc., junto con la juncia que tapizaba las calles y las flores que adornaban los arcos triunfales y los altares, despedían fragancias diversas que se mezclaban para cubrir la fetidez urbana y sustituirla por un ambiente insólito y halagüeño. Mención especial merecen los numerosos sahumeros de

incienso y de copal que llenaban las calles procesionales y los recintos de las iglesias de olorosas y espesas nubes. Pero existía también una búsqueda refinada de olores selectos. Así, cuando el virrey Marqués de Villena se aposentó unos cuantos días en el castillo de Chapultepec antes de hacer su entrada oficial en la capital de la Nueva España, se le rodeó de multitud de “pomos de agua de olor” perfumada con albahaca, azahar, espliego, etc., de pebeteros y cazoletas que despedían los humos fragantes producidos por diversas resinas y hierbas aromáticas.⁹ Treinta años antes, en la víspera de los festejos organizados por la Compañía de Jesús de México para celebrar la dedicación de su Casa Profesa y la beatificación de Ignacio de Loyola, también hubo profusión de pomos y cazoletas de olores, enormes braseros de plata en los que se consumía el incienso o sustancias aromáticas, un gasto considerable en pebetes, pastillas y aguas de olores para rociar los amitos, las albas y la ropa blanca de la sacristía. Incluso el agua de las pilas en las que los sacerdotes se lavaron las manos antes de decir misa fue perfumada durante los ocho días que duraron las celebraciones.¹⁰ En cuanto a la gente del pueblo, era frecuente que se lanzaran huevos que contenían a su vez aguas de olores.

LUJO, ESPLENDOR Y RIQUEZA

Si bien el mundo colonial era adicto a la ostentación, ésta, aunque emulada por cuantos podían, distaba mucho de ser general, si reparamos en las constantes denuncias y descrip-

⁹ GUTIÉRREZ DE MEDINA, *Viaje de tierra y mar*, pp. 34-35.

¹⁰ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica e historia*, t. 1, p. 246.

ciones de la desnudez, pobreza y hasta miseria que imperaba entre los sectores sociales mayoritarios. Sin embargo la ostentación de la riqueza, del lujo y del esplendor era un valor y un anhelo compartido por todos, el eje de un sistema de representación de lo que debía ser una sociedad “civilizada” a la vez que el motor de un proceso de rivalidad del mundo colonial americano.¹¹ En consecuencia, las fiestas virreinales eran el marco privilegiado para el despliegue público de las diversas modalidades del lujo y de la riqueza. Bien es cierto que los harapos y la mugre imperaban entre los miles de espectadores que se agolpaban al paso de las procesiones y desfiles, ante los espectáculos y las diversas funciones. Pero los actores de estos actos debían ostentar las joyas y los atavíos más suntuosos. Es particularmente cierto en lo que se refiere a las figuras de Cristo, la virgen María en sus numerosas advocaciones, los santos y fundadores de órdenes religiosas, los arcángeles y ángeles, los dioses de la mitología, los monarcas y ciertas entidades como el Cerro Rico de la Villa Imperial de Potosí, cuyas imágenes o representaciones eran vestidas y adornadas con una profusión y una riqueza extraordinarias. Así en 1600, esta orgullosa ciudad minera, entonces en la cúspide de su gloria y probablemente parangón en cuanto a derroches de lujo se refiere, dispuso unos 20 días de fiestas a cuál más espléndida para celebrar el casamiento el año anterior de Felipe III junto con su entronización. Durante las numerosas y variadas secuencias que las marcaron, se pudo ver un carro tirado por 12 caballos blancos, donde estaba “el rico cerro de Potosí de fina plata, a sus faldas la Imperial Villa de Potosí en figura de hermosa

¹¹ ALBERRO, *Del gachupín al criollo*, pp. 182-184.

y grave doncella con un vestido de tela de plata cubierto de diamantes, esmeraldas, jacintos amatistas y rubíes”.¹² Unas décadas más tarde, los pequeños alumnos de los jesuitas mexicanos se lucieron también danzando un vistoso tocotín para agasajar al virrey Marqués de Villena, vistiendo trajes de lama de oro, calzando *cactles* bordados de pedrería y coronados de *copiles* sembrados de perlas y diamantes, los hombros cubiertos de ricos quetzales de plumas verdes.¹³

En efecto, se ponía especial cuidado para escoger las telas más vistosas y costosas, tanto para confeccionar los atavíos que revestirían las figuras representadas y los bultos de los entes sobrenaturales, como los actores que intervendrían en las festividades. Lo cual no dejaba de entrañar a menudo dificultades, puesto que las ciudades coloniales no siempre estaban lo suficientemente bien abastecidas para proporcionar los géneros deseados.¹⁴ De ahí que los relatos de fiestas virreinales que han llegado hasta nosotros otorgan gran importancia a la descripción minuciosa de los atavíos llevados por bultos, figuras y actores. Nos informan con lujo de detalles —que a veces pueden aparecernos monótonos y hasta aburridos— sobre las distintas piezas que conformaban la vestimenta, la naturaleza de las telas y géneros —generalmente sedas, rasos, terciopelos, damascos, brocados traídos de Europa y de Asia—, los colores y la manera como eran combinados,

¹² ARZÁNS DE OSÚA, *Historia de la Villa Imperial*, t. I, p. 244.

¹³ *Addición a los festexos*.

¹⁴ Este fue varias veces el caso de Lima, a causa de las demoras frecuentes con las que llegaba al Callao la flota de España y la prohibición —a menudo burlada por el contrabando—, de comerciar con las Filipinas y por tanto con la India, Japón y China, de donde provenían géneros entre los más preciados.

los sombreros y sus adornos de plumas, las alhajas, el calzado y las espuelas. Hasta los caballos, considerados como parte inherente del decoro del caballero, merecen, por sus crines y colas artísticamente trenzados, sus jaeces, silla, estribos y adornos diversos, ser descritos con fruición.¹⁵

Como las iglesias parroquiales y conventuales no estaban siempre en condiciones de proporcionar tales joyas, se solía requerir a los vecinos acaudalados que prestaran las que estuvieran en su poder para engalanar los bultos o las representaciones al vivo que saldrían en las procesiones. Unos artífices se encargaban de desengastar las perlas y las piedras preciosas, las que luego eran arregladas en nuevos aderezos tales como coronas, diademas, gargantillas, etc. Al finalizar las festividades, se recuperaban estas piedras y perlas y se las volvía a engarzar en las joyas originales, para más tarde devolverlas a sus propietarios.¹⁶ Estas operaciones permitían que tanto la Madre de Dios como los integrantes de la corte celestial y otras criaturas excelsas brindaran a los ojos maravillados de los espectadores la exhibición inaudita de un derroche de diamantes, perlas, rubíes, zafiros y esmeraldas, amén de otras piedras de menos precio pero tan estimadas

¹⁵ Desgraciadamente, carecemos de estudios específicos sobre estas cuestiones, que por la importancia monetaria y simbólica que revistieron a los ojos de los contemporáneos, bien merecerían ser abordadas. Sin embargo, debemos citar el notable trabajo de Carlos. F. Duarte sobre el atuendo colonial venezolano. A propósito de los caballos, llama la atención la mención constante que hace Arzáns de Orsúa y Vela de los “caballos chilenos” en las fiestas potosinas. Estos parecen haber sido sumamente apreciados, a pesar de ser traídos de tan lejos y sin duda, con costos elevados.

¹⁶ MORALES, *Solemne, plausible y festiva pompa*, p. 4; ALBERRO, “Modernidad jesuita”, p. 74.

entonces como aquéllas, así las coralinas, los jacintos, los granates, etc., tesoros que normalmente quedaban cuidadosamente resguardados y ocultos. Esto no impedía que por otra parte los santos y las diversas advocaciones marianas gozaran de un tesoro particular de joyas y vestimentas, provenientes de donaciones hechas por sus devotos.¹⁷

En resumidas cuentas, la ciudad de todos los días, con sus lacras y sus llagas, sus miasmas, inmundicias y basuras, su polvo y sus lodos, su noche oscura y su silencio preñado de temores, esta ciudad sufría una verdadera metamorfosis que la transformaba por unos días — al menos sus calles y plazas principales — en un escenario fresco y resplandeciente. Los colores y el brillo se apoderaban de balcones y fachadas, de atavíos y altares; los ruidos, desde los cantos armoniosos hasta los estampidos de la pólvora, ahuyentaban el silencio nocturno y el rumor de los afanes cotidianos; el decorado habitual desaparecía bajo los arcos triunfales y los castillos y un mundo de dioses y ninfas, de reyes y caballeros, de dragones y ángeles invadía las calles y plazas. La luz se enseñoreaba de la noche y la hediondez de siempre retrocedía ante los suaves olores. Los medios a los que se recurría para lograr esta metamorfosis no tenían desde luego carácter extraordinario y el público estaba familiarizado con los juegos de pólvora, las luminarias, las construcciones efímeras y los adornos que se colocaban en estas ocasiones. Sin embargo, el conjunto obtenido por la conjunción de todos estos medios rebasaba la suma de los efectos producidos por cada uno de ellos. En otras palabras, al combinarse unos con otros, los efectos lograban crear un escenario y sobre todo una

¹⁷ ALBERRO, “La conjunción de las artes”, p. 79.

atmósfera, que pese, o tal vez precisamente porque era fugaz y artificial, remitía a lo maravilloso.

REPRESENTACIONES, ESPECTÁCULOS Y ACTORES

Los diversos espectáculos ofrecidos con ocasión de las fiestas virreinales ponían en escena personajes, entes y episodios que contribuían a reforzar este clima de irrealidad rayana en lo maravilloso. Un factor importante para lograr este efecto consistía en mezclar los seres y situaciones que tenían o habían tenido alguna realidad histórica con otros fantásticos, de modo que no resultaba posible discernir lo real de lo imaginario. También se solía atribuir a entes sobrenaturales como santos, dioses, o a personajes históricos, hechos y comportamientos imaginarios. ¿Quiénes eran los personajes y los entes que intervenían en estas representaciones?

Los monarcas, los héroes y los hombres célebres eran figuras privilegiadas. El rey de España en turno aparecía a menudo, sobre todo en el Perú, generalmente bajo la apariencia de un retrato suyo rodeado de toda la pompa y majestad debidas a la real persona.¹⁸ A veces también lo acompañaban los retratos de la reina y del príncipe heredero. En otras ocasiones, los reyes, desde los católicos hasta el que reinaba a la fecha, eran representados. Pero los soberanos españoles no estaban solos. En el Perú y particularmente en el Potosí, los emperadores incas no podían faltar en estos actos, revestidos

¹⁸ Es posible que la representación del monarca español en el Perú se debiera a la necesidad de afirmar su presencia en el virreinato americano más extenso y alejado de la metrópoli, a diferencia de la Nueva España, que era más cercana, homogénea y estaba mejor comunicada.

de todos los signos y adornos que correspondían a su rango, acompañados de la nobleza incaica y ocupando un lugar importante en las procesiones y desfiles, por el número y la majestad de sus personas. En la Nueva España, Moctezuma también participó en algunas fiestas,¹⁹ pero es preciso, al parecer, esperar los finales del siglo XVII para que las dinastías indígenas hicieran su aparición.²⁰

Al tratarse de ensalzar la ciudad organizadora de las celebraciones como parte del imperio español en cuanto centro del mundo, los monarcas de otros países y épocas acudían numerosos, a ser invitados. Así, desfilaban los reyes de Francia, Gran Bretaña, Alemania, Portugal, Polonia, México, el rey Congo, Etiópe, el “rey Japón”, el “Gran Chino”, el “Gran Turco”.²¹ Los reyes y emperadores históricos y míticos y los personajes emblemáticos también estaban eventualmente presentes. Aquí y allá, iban Alejandro el Magno, Carlomagno, los Pares de Francia, el mismo Mahoma, el “rey Artus”, pero también el Cid Campeador, don Quijote y Sancho Panza, el cardenal arzobispo de Toledo, el obispo Purpin, Juan de Austria, etc.,²² sin olvidar los filósofos, pintores, arquitectos y escultores de la Antigüedad y de los tiempos modernos, Cristóbal Colón, los conquistadores Cortés y Pizarro, etc. La América era a menudo personificada, lo mismo que la Nueva España, el Perú y las ciudades más importantes del virreinato andino, pero

¹⁹ *Relación de las fiestas...*

²⁰ SIGÜENZA Y GÓNGORA, *Glorias de Querétaro*, pp. 48-49.

²¹ SUARDO, *Diario de Lima*, t. I, p. 144; ARZÁNS DE OSÚA, *Historia de la Villa Imperial del Potosí*, t. III, p. 186; ALBERRO, “Las cuatro partes del mundo”, pp. 154-160.

²² *Relación de las fiestas...*

también los reinos españoles de Granada, Aragón, León, las dos Castillas, el de Jerusalem, Portugal, etcétera.²³

La mitología a su vez proporcionaba numerosos contingentes de participantes. Entre los dioses y los héroes, Marte y Hércules eran particularmente solicitados, las ninfas recitaban a menudo versos y las sibilas dejaban una estela de misterio a su paso. El panteón cristiano a su vez delegaba gran número de sus miembros más notables, como era de esperarse. Al lado de los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, de las diversas advocaciones de la virgen María —especialmente la Inmaculada Concepción a partir de la primera mitad del siglo XVII—, encontramos a los santos patrones y a los fundadores de las principales órdenes religiosas establecidas en América. Así, san Francisco, santo Domingo, san Agustín, san Ignacio, san Pedro Nolasco, santa Clara, santa Teresa y santa Rosa de Lima, entre otros, eran invitados frecuentes de los festejos. Los arcángeles san Rafael y san Gabriel estaban a menudo presentes y una multitud de ángeles, representados por niños, siempre arrancaba al público comentarios enternecidos.

Ahora bien, ¿cómo era percibido este desfile de personajes heterogéneos, entre los que unos habían tenido alguna realidad histórica pero habían sido mitificados, otros no eran más que abstracciones —el “Gran Turco”, el “Gran Chino” el “Rey Japón” o el “Rey Congo”— y otros más eran incluso totalmente míticos o fantásticos, como el “rey Artús” o los arcángeles? Es probable que la mayoría de los espectadores no vieran diferencias entre ellos o, dicho sea en otros términos, que les otorgara a todos el mismo nivel

²³ SALAS, *Diseño historial*, pp. 76-97v.

de realidad. Aquí de nuevo, las fronteras entre lo real y lo fantástico se desvanecían.

Además, algunas puestas en escena suscitaban concientemente esta confusión, con un proceso de humanización de los sobrenaturales. Recordemos por ejemplo que la virgen María en sus distintas advocaciones era vestida con atuendos que variaban según las festividades, lo que implicaba que poseía un vestuario personal abundante y eventualmente, lo hemos visto, unos tesoros de alhajas, en cuanto reina del cielo. En sus numerosas advocaciones, se le prestaba no sólo la experiencia de los gozos y dolores humanos, sino su participación directa en los de los hombres. Los santos, que habían sido criaturas humanas pero se habían convertido ahora en miembros distinguidos de la corte celestial, eran, a pesar de su notable promoción, tratados a menudo como humanos. En octubre de 1700 por ejemplo, se celebró en México la canonización de san Juan de Dios. Entre los diversos festejos que la Orden Hospitalaria llevó a cabo con esta ocasión, una de las secuencias nos parece particularmente reveladora y trata de la manera como el santo recién canonizado hizo su solemne entrada en la catedral para ser colocado en el altar mayor, mientras su padrino santo Domingo y el arcángel san Rafael, patrón de los religiosos juaninos, permanecieron en sus andas del lado del Evangelio y de la Epístola respectivamente.

Todo empezó con la salida de la religión hospitalaria, que sacó de su iglesia la imagen de san Juan de Dios y la de san Rafael y se dirigió al convento de santa Clara. Al llegar a esta casa, los franciscanos los acogieron junto con la santa, quien iba adornada con joyas. Ésta recibió a sus visitantes y los introdujo a su iglesia. Luego se presentó santo Domingo,

quien en esta ocasión fungía como padrino de san Juan de Dios e iba acompañado de su religión. La orden dominica y su fundador fueron recibidos por santa Clara, san Juan de Dios y san Rafael. Todos entraron en la iglesia de las monjas franciscanas donde se cantaron algunos motetes y de ahí, la procesión salió para dirigirse a la Catedral, pasando por la calle de Tacuba. Al llegar a la iglesia mayor, salió a recibirla el cabildo catedral encabezado por san Pedro. Mientras los dominicos se quedaron afuera, los juaninos, san Juan de Dios, san Rafael y santo Domingo entraron en el sagrado recinto, donde fueron celebradas unas solemnes vísperas en honor del nuevo santo y donde los tres fueron acomodados en los lugares que les correspondían. Más tarde, hubo los regocijos populares acostumbrados con los fuegos, diversiones e invenciones de siempre.²⁴

Las fiestas duraron, según la costumbre, una semana. El día de la octava, que ponía término a las celebraciones, se volvió a verificar una ceremonia semejante a la que les había dado principio. Los dominicos acogieron en su iglesia a los juaninos, y se dijo misa. A la tarde, salió de allí la procesión compuesta de dominicos y juaninos que acompañaban a sus santos fundadores, a san Rafael y a san Pedro. Al llegar al convento de los frailes menores, san Francisco los recibió y los acompañó hasta la Casa Profesa de los jesuitas, donde los acogió san Ignacio, quien a su vez los acompañó hasta la Catedral. Allí, fueron de nuevo recibidos por el cabildo catedral y una vez entrados en la iglesia mayor, se volvió a colocar a san Pedro en su lugar acostumbrado.²⁵

²⁴ ROBLES, *Diario de sucesos notables*, t. III, p. 116.

²⁵ ROBLES, *Diario de sucesos notables*, t. III, pp. 126-127.

Vemos aquí cómo los santos fueron sometidos a un trato y a una etiqueta del todo mundanos. En efecto, san Juan de Dios, recién canonizado, fue apadrinado por un santo más antiguo y por tanto de abolengo, aquí santo Domingo.²⁶ Santa Clara, por su lado, fungió como huésped del santo cuando éste salió de su casa, camino a la catedral. Ella, convenientemente alhajada, cual convenía a su papel, lo acogió junto con los franciscanos sus hermanos, puesto que las monjas de su religión eran de clausura y por tanto no podían salir del convento, y la iglesia conventual sirvió de punto de reunión para que el padrino acudiera a encontrarse con su ahijado, al que acompañó hasta la catedral, término y cúspide de la procesión. En las fiestas de la octava, san Francisco y san Ignacio recibieron y acompañaron a la procesión cada uno durante un trecho, aunque no parecen haber introducido a los juaninos en sus templos, a diferencia de santa Clara y santo Domingo. Así, los santos se saludaron, visitaron, reunieron y acompañaron, se vistieron y adornaron conforme a los códigos que regían a los hombres, midieron sus cortesías según aquéllos, al salir de sus casas unos para recibir a los visitantes, al hacerlos pasar a sus propias iglesias otros, tejiendo entre sí relaciones de simple urbanidad — con los frailes menores pero no con las monjas franciscanas con las que las relaciones eran al parecer más cálidas —, de compadrazgo y amistad — con santo Domingo y sus hijos —, o de respeto jerárquico — con san Pedro —. Los santos fundadores y patronos acataron los códigos humanos en materia de cortesía e incluso se les atribuyeron

²⁶ Santo Domingo fundó la Orden de Predicadores en 1206, mientras que san Juan de Dios murió en 1550 y fue canonizado en 1596.

los sentimientos que sus correspondientes hijos experimentaban respecto de las demás religiones, — simpatía, afinidad o distancia, recelo, etc. —, se vistieron y adornaron como los hombres solían y debían hacerlo en semejantes circunstancias. Pero pese a su humanización incipiente, seguían siendo bultos inanimados.

LA HUMANIZACIÓN O EL PASO DE LO IRREAL A LO REAL

Desde el teatro de la antigüedad, los dioses tomaron formas y personalidades humanas. Animados por las mismas pasiones que los mortales, se enojaban, enamoraban, entristecían, se vengaban, emborrachaban y peleaban igual que ellos. La máscara era el medio que permitía la transmutación del actor humano en el dios y viceversa. Así, el mundo trascendente y el inmanente estaban en comunicación permanente y la confusión se imponía a menudo entre los habitantes del Olimpo y los de la tierra para compartir una misma condición. Aunque el judeocristianismo estableció una frontera infranqueable — en principio — entre estos dos mundos, la antigua cohabitación de los hombres con los sobrenaturales jamás fue abolida en el catolicismo. De modo que los misterios medievales y los autos sacramentales ibéricos siguieron otorgando a Dios Padre, su Hijo y a María, al Diablo, a los santos y a los linajes celestiales características humanas que los hacían intervenir directamente en la vida de los mortales y a veces hasta comportarse como ellos. Todos se aparecían en ocasiones, sostenían conversaciones con los hombres, los aconsejaban, regañaban, se apiadaban de ellos, los castigaban y amparaban eventualmente, siendo los ángeles sus compañeros más comunes. Tales sobrenaturales, si bien no se

comportaban exactamente como los dioses de la antigüedad, participaban en grados diversos de los negocios y pasiones humanas.

Es precisamente lo que se pudo observar en algunas de las fiestas virreinales. Así por ejemplo, con ocasión de la beatificación de Ignacio de Loyola en la ciudad de México en 1610, se sacó en procesión la imagen de Ignacio, la que recorrió varias calles de la ciudad hasta llegar al convento de san Agustín. Allí, el patriarca y sus hijos fueron recibidos por los agustinos, según lo prescribía la etiqueta en esta materia, lo hemos visto. En una construcción de dos pisos, se encontraban san Agustín, ricamente ataviado, y una “honesta matrona” coronada con la tiara de la Iglesia, la que representaba a la Fe. Ignacio de Loyola fue colocado entre ambos personajes y recibió a su vez una “admirable corona” de manos de la Fe y de san Agustín. Cerca de allí, se erguía asimismo un castillo donde aparecieron “el glorioso san Nicolás de Tolentino y nuestro Santo Padre (se trata de san Ignacio, nota mía), dándose amorosos abrazos de cuando en cuando, que hacían derramar muchas lágrimas a los circunstantes”.²⁷ Aquí, los santos no son bultos como lo serían en las fiestas de canonización de san Juan de Dios sino personajes dotados de vida y animados de sentimientos que los llevan a darse “amorosos abrazos”, escena que establece de inmediato la comunión entre los espectadores y los actores y más allá de ellos, con los entes representados, san Nicolás y san Ignacio.

Lo hemos visto, la costumbre de personificar a abstracciones mediante los dioses es muy antigua, como lo era

²⁷ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica y historia*, t. 1, p. 253.

la de humanizar a los santos, al Diablo, a la virgen María, los monarcas, los personajes más relevantes en diversos terrenos, a los continentes, ciudades, ríos, etc.²⁸ Y si bien estas personificaciones llegaban a establecer diálogos con los humanos, era poco común verlos actuar como en el presente ejemplo, en el que la ficción de realidad fue tal que el público derramó lágrimas. En otras palabras, la mayoría de las veces, se representaban alegorías al vivo. En cambio aquí vemos a dos santos sosteniendo una relación amistosa y hasta afectuosa cuya realidad logró comunicarse a los espectadores. El proceso de humanización hace que lo trascendental se confunda aquí con lo inmanente.

LA CONFUSIÓN DE LO REAL CON LO MÍTICO/FANTÁSTICO

Otro factor que desempeñó un papel importante en la creación de un mundo maravilloso fue la mezcla y confusión de lo real con lo mítico y hasta fantástico que caracterizó las celebraciones virreinales. Hemos visto, en efecto, que personajes históricos como Alejandro el Magno o Carlomagno desfilaban junto con Amadís de Gaula, El Quijote, ambos creaciones literarias, algunos dioses, ninfas y sirenas productos de la mitología, o “el Gran Chino”, que materializaba una abstracción, sin que el público sospechara que estas figuras pertenecían a mundos diversos y a niveles distintos de realidad. Lo mismo sucedía con los animales.

²⁸ Es obvio que este proceso es indisoluble del que animó la escultura, la pintura y la literatura desde la Edad Media y sobre todo a partir del Renacimiento.

Así, mientras participaba en los festejos toda clase de criaturas reales y familiares como caballos, mulas, perros, toros, pájaros, conejos, venados, etc., se fabricaban otras que, pese a existir en ciertas partes del mundo, tenían carácter mítico para la mayoría de los espectadores en la medida en que los conocían sólo a través de relatos, leyendas y representaciones iconográficas como la adoración de los Magos, por ejemplo. Este era el caso de los elefantes, camellos, cocodrilos, rinocerontes, leones y tigres, jirafas y serpientes gigantes.²⁹ Pero al lado de estas criaturas reales cuyo exotismo entrañaba algún contenido fantástico, no faltaban otras que pertenecían definitivamente al ámbito mítico. Así, la famosa tarasca, que no podía faltar en los regocijos populares inherentes a ciertas celebraciones virreinales, los dragones y los monstruos diversos, productos de la inventiva de los promotores de las celebraciones o de los artesanos que los fabricaban. Tal vez podamos incluir en esta categoría a los gigantes y gigantes, los que por sus dimensiones y rasgos se aproximaban más a los monstruos que a los humanos. Finalmente, cabe recordar a los “maromeros” cuyas peligrosas proezas parecían inexplicables, y al recurso frecuente que se hizo de los “globos” que se abrían para liberar mapas de los reinos americanos con sus diversas naciones, pinturas y sobre todo aves.³⁰ Procedimientos todos que remitían al ámbito

²⁹ De todos estos animales, el cocodrilo era sin duda el menos “exótico” al existir caimanes en América. Por otra parte, en la Nueva España al menos, se confundía a veces el coyote con el león y el jaguar con el tigre.

³⁰ Hemos encontrado —por ahora— a dos maromeros. El primero, un “extranjero”, se lució en Lima en 1660 durante las fiestas que la ciudad organizó para el nacimiento del príncipe Felipe Andrés Próspero. El segundo, caracterizado de “artificial, muy primoroso” se produjo durante

cirquero y de prestidigitación, rayano, según sabemos, en lo misterioso y maravilloso.

LOS EFECTOS “ESPECIALES”

Hasta ahora, hemos tratado únicamente de los efectos logrados por medios relativamente sencillos y conocidos, como fueron los manejos de la pólvora, de la iluminación, del sonido, de los olores. También hemos visto cómo la combinación visual de situaciones y entes reales con otros de naturaleza mítica o fantástica y la humanización de sobrenaturales lograban crear ambientes donde desaparecían las fronteras entre el mundo objetivo y el fantasioso, el inmanente y el trascendente. Así y todo, las estrategias que inspiraban las secuencias y el contenido de los festejos virreinales eran simples, inconscientes, en su mayoría tradicionales puesto que se remontaban a la Antigüedad —el teatro—, la Edad Media —los misterios, los autos sacramentales, las farsas y entremeses y la literatura popular. En otras palabras los efectos especiales eventualmente logrados, que procuraban a los espectadores y participantes de estas celebraciones impresiones y emociones nuevas y excepcionales, no eran producidos por recursos sofisticados ni tampoco por estrategias conscientes y deliberadas. Se cumplía con la costumbre que exigía la metamorfosis del escenario cotidiano y la intervención de actores y episodios particulares aunque tradicionales. Sin embargo en ciertas ocasiones, nos topamos con situaciones

la celebración de la canonización de san Juan de Dios en México en 1700. SALAS, *Diseño historial*, p. 44vo.; ROBLES, *Diario de Sucesos Notables*, t. III, p. 117.

diferentes en las que existió una búsqueda ahora sistemática de efectos especiales para lograr determinados propósitos, por lo que se recurrió a medios y procedimientos técnicos más desarrollados.

Pero al contrario de los espectáculos y representaciones anteriormente descritos, que fueron muy comunes en las fiestas de la América colonial, los que abordaremos ahora fueron mucho más raros, posiblemente porque implicaron estrategias mediáticas conscientes por parte de sus promotores y sobre todo, porque requirieron conocimientos técnicos que rebasaban los tradicionales.³¹ Por tanto, sólo daré dos ejemplos del recurso o procedimientos particulares que bien pueden ser considerados como verdaderos “efectos especiales” tales como los entendemos hoy en día, aunque con el desfase cronológico y por tanto tecnológico que corresponde a la época en que fueron utilizados.

En 1555, la Imperial Ciudad de Potosí en pleno auge minero organizó “solemnísimas fiestas” para tomar como primeros patronos a Cristo Sacramentado, a la Inmaculada Concepción y al apóstol Santiago. Estas fiestas, que fueron particularmente ostentosas y duraron 15 días, constaron de numerosas secuencias. Al final de la primera jornada, en medio de luminarias y de fuegos artificiales que sustituyeron a la luz solar, se pudo admirar una representación del rico Cerro que “no queriendo mostrarse menos alegre (con tanta fiesta) que liberal (pues para toda ella daba sus riquezas), disparaba sin cesar mucha arcabucería, volcanes de azufre,

³¹ Estos hechos y representaciones fueron tan comunes que me limito a dar una sola cita para la mayoría de ellos, aunque existen numerosas referencias.

cohetes, ruedas, bombas tiros pequeños de bronce y otros fuegos artificiales...”.³²

Años más tarde, en 1624, durante las celebraciones que marcaron la canonización de san Ignacio de Loyola, se volvió a repetir el mismo espectáculo. En efecto, en el recorrido de la procesión del nuevo santo por la calle que se había procurado adornar trayendo árboles y ramas de regiones muy distantes, “estaba el Cerro de Potosí, de 20 varas de altura, con todas sus vetas y sus minas (al tiempo que pasaba el santo) escupió gran cantidad de plata”.³³ Si bien era frecuente que una construcción efímera — castillo, torre, barco, etc. —, arrojara toda clase de efectos de pólvora, no lo era que echara azufre y plata, porque implicaba medios técnicos particulares. Sin embargo, el cronista potosino no dice a qué medios se recurrió para lograr que el Cerro escupiera efectivamente plata y volcanes de azufre, pero podemos suponer que se colocaron dentro de la “máquina” del Cerro hornos para fundir la plata o al menos, para mantenerla en estado de fusión y arrojarla fuera, lo mismo que mecanismos para proyectar nubes de azufre. Es evidente que aquí intervinieron técnicos mineros para idear o trasplantar prácticas que permitieran estos efectos espectaculares.

Hasta ahora y con reserva de que nuevas fuentes modifiquen esta impresión, parece que fue en la Nueva España donde los “efectos especiales” más se desarrollaron. Así, con ocasión de la beatificación de Ignacio de Loyola y la dedicación de la Casa Profesa de los jesuitas, la Compañía de Jesús, los vizcaínos que vivían en la capital y la sociedad en general

³² ARZÁNS DE ORSÚA, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, t. 1, p. 96.

³³ ARZÁNS DE ORSÚA, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, t. 1, p. 390.

organizaron grandes fiestas en las que hubo notables “invenciones”;³⁴ entre ellas, un castillo que disparaba cohetes y bombas, un globo que se abrió dejando ver a dos hermosos niños, “el uno en traje de la Virgen Santísima y el otro de Nuestro Padre san Ignacio” y un “elefante de maravillosa grandeza”, que se movía sobre ruedas, entre otras. En una más, un negro iba caballero en la enorme bestia, llevando corona y cetro, pues era el rey de Etiopía. El vientre del animal era hueco, “a la manera del otro caballo de Troya”, pero en lugar de dar cabida a soldados armados, estaba lleno de “cohetes, morteruelos y bombas, a quienes pegando fuego por una secreta cuerda alquitranada, antes de que por de fuera se viera, dispararon allá dentro dos bombas”, las que rompieron la máquina, con lo que todas las demás piezas de pólvora salieron disparadas de los ojos y la trompa del animal.³⁵

Pero no se acabaron aquí las invenciones de fuego que hubo en la plaza, porque por orden de la ciudad estaba otra no menos ingeniosa en su traza, que admirable por su grandeza: éste era un gigante disforme y corpulento. Sobre un tablado de madera cubierto de ramas verdes y juncias, que con su hechura significaban los cuatro heresiarcas de nuestros tiempos: Calvino, Lutero, Zuíngles y Melancton, cuyos nombres estaban escritos en los pechos y espaldas con letras blancas en campo azul; todo era un solo cuerpo, pero remataba en cuatro cabezas cuyos rostros eran de máscaras feísimas, y con estar juntas, las cubría un sombrero muy

³⁴ Por “vizcaínos”, se entendía a los vascos oriundos de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, siendo los navarros considerados aparte. Los vizcaínos eran generalmente gente acaudalada, dedicada a menudo al comercio y la minería.

³⁵ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica y historia*, t. 1, pp. 250-251.

grande que revolviendo la falda hacia arriba por las cuatro partes de los rostros, formaba cada vuelta una cabeza sobre cada rostro. En los brazos tenía una gran maza y unas ruedas de cohetes en forma de rodela, y todo el cuerpo lleno de espesas bombas de fuego e infinitos cohetes voladores, y hasta cien tiros de mosquetes; en la azotea frontera a las casas de la ciudad, estaba el S. P. Ignacio con manteo y sotana, y en la mano izquierda un Jesús, porque en la derecha tenía un rayo, que a vista de todos arrojó a la estatua de las cuatro herejías, y pegándole fuego la abrasó, arrojando de sí todos aquellos cohetes, tiros, bombas y ruedas que dijimos, disparando de la misma azotea otras ochenta cámaras, a quien respondió Palacio con más de otras tantas, que fue una de las mejores y más solemnes que se han visto jamás en este Reino, y como se disparó toda junta y a un tiempo, el humo de la pólvora parecía una espesa nube que quitaba la vista del sol.³⁶

Más tarde, cuando la procesión que llevaba la imagen del beato Ignacio llegó a la lonja de la Casa Profesa, “bajó de lo alto de la torre un Jesús por una cuerda, que pegando fuego a un disforme gigante (figura de la herejía), que tenía revuelta al cuerpo una sierpe, así ella como él dispararon muchos cohetes voladores y buscapiés...”.³⁷ En estos episodios, se echa mano de los varios mecanismos, tomados sin duda del manejo de la pólvora, en particular la de los cañones: una cuerda alquitranada sirvió de mecha para encender la carga de cohetes que contenía el vientre del elefante, el rayo de san Ignacio —¿una cuerda a lo largo de la cual se deslizó rápidamente un material encendido? ¿Otra cuerda alqui-

³⁶ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica y historia*, t. 1, p. 251.

³⁷ PÉREZ DE RIBAS, *Crónica y historia*, t. 1, p. 254.

tranada?— provocó la explosión del gigante henchido de pólvora mientras podemos imaginar que el Jesús maromero pudo pegarle el fuego a la herejía de diversas maneras similares a las anteriores. En los tres casos, los jesuitas, quienes por estas mismas fechas fascinaban a los chinos con hazañas semejantes, inspiraron directa o indirectamente estos efectos especiales para fijar en las imaginaciones un mensaje muy claro: la Compañía de Jesús fulmina a la herejía y la destruye totalmente. Y los efectos especiales a los que recurrieron consistieron en conjugar hábilmente el manejo de la pólvora — que abarcaba las luces, el estrépito, los olores y las explosiones — de la cuerda alquitranada, el del desfase espacial — azotea, torre/suelo — que permitía la rapidez del “rayo”, con la construcción de “máquinas” — animales y gigantes alegóricos, imágenes de santos y de Jesús o de su monograma. Estos medios eran modestos tal vez, incluso para la época, que conocía efectos de tramoya sin duda más sofisticados, pero resultaron ser muy eficientes con relación a un amplio público y a espacios abiertos. Eficientes, por dirigirse a los sentidos y en consecuencia suscitar la admiración que conllevaba la adhesión, y sencillos por los recursos utilizados, unas “invenciones” que realizaban el “ingenio” de sus promotores los jesuitas.

En conclusión, cuando se habla de “efectos especiales” tratándose de los siglos virreinales, es necesario relativizarlos tomando en cuenta los medios tecnológicos disponibles en la época. Sin embargo, no cabe duda de que éstos fueron utilizados con fines mediáticos similares a los que hoy en día suscitan su empleo en la cinematografía y en festejos como las aperturas y clausuras de Juegos Olímpicos, de campeonatos mundiales de fútbol, entre otros. Entonces y

ahora, estos fines son los mismos: desde enseñar, atemorizar, maravillar, alardear y rivalizar de “invenciones” tecnológicas y artísticas, para finalmente imponer creencias y manifestar las capacidades y el poder de las instancias organizadoras: antaño, la monarquía, la Iglesia, las autoridades virreinales y municipales, los gremios, los estamentos y cuerpos sociales, las órdenes religiosas, —en particular los jesuitas que se lucieron en estos menesteres—, hoy en día los comités organizadores, las empresas y compañías comerciales y de televisión que respaldan y explotan la ocasión y más allá, los países huéspedes, sus gobiernos y eventualmente, incluso sus regímenes políticos e ideologías.³⁸ La tecnología, los conocimientos básicos de la población y el retroceso general de una cosmovisión marcada por la religión han modificado ciertamente la distribución de los campos de lo “natural” y de lo “extraordinario”, pero no han abolido la diferencia existente entre ellos. Así, aunque hoy en día nadie o al menos muy poca gente cree ya en la intervención constante de los ángeles y del Diablo en nuestros asuntos cotidianos, no dejan de ser comunes las creencias en los seres extraterrestres, los objetos voladores no identificados, las “buenas vibras”, la astrología y demás misterios sucedáneos. En otras palabras, nuestra sed de lo maravilloso sigue siendo la de nuestros antepasados pero se sacia ahora en otras fuentes.

En nuestro recorrido, hemos visto que los efectos especiales a los que recurrieron los americanos de los siglos virreinales pueden dividirse en dos categorías que de hecho resultan ser complementarias. En primer lugar, cuando se

³⁸ Recordemos por ejemplo cómo Hitler usó los Juegos Olímpicos de 1936 con fines propagandísticos.

trató de transformar el escenario urbano de todos los días en el gran teatro adecuado a celebraciones excepcionales, se recurrió a medios del todo naturales como eran los adornos callejeros, la profusión de luminarias, de sonidos y olores. Entonces la noche y su silencio desaparecían, imperaban la pompa y el bullicio, la alegría explosiva. Pero si los medios a los que se recurría eran naturales y hasta sencillos, sus efectos conjugados lograban crear una atmósfera maravillosa en la medida en que era excepcional porque se oponía en todo a la realidad cotidiana, lo hemos visto.

Por otra parte, la yuxtaposición de personajes y alegorías, y su puesta en escena en situaciones reales y míticas, introducía un mundo a medio camino entre lo real y lo fantástico. Resultaba en efecto difícil para la mayoría de los espectadores y tal vez de los participantes establecer la historicidad o la realidad eventual del “Gran Chino” o del rey Artus”, cuando éstos aparecían en el mismo desfile en que salían el retrato del monarca en turno, las dinastías incas o texcocanas, Cortés, Pizarro, Colón y el dios Marte junto con bandadas de ángeles o graciosos grupos de ninfas. De hecho, desde los misterios medievales, los autos sacramentales y el teatro evangelizador, los “efectos especiales” siempre habían buscado propiciar esta osmosis entre el mundo terrenal y el sobrenatural, en todas sus acepciones. Así, ¿dónde estaba la realidad, dónde el mito, la ficción, la proyección, la pesadilla, el sueño, o la firme creencia?

Un paso más y mientras alegorías como la herejía eran representadas en forma de gigantes o de monstruos rellenos de pólvora destinados a ser pulverizados, los personajes, reales o ficticios, humanos o sobrenaturales, se humanizaban; se recibían y trataban con toda cortesía, trababan amistades y

hasta se abrazaban tiernamente. Pero también intervenía a veces el artificio deliberado: gracias a una cuerda alquitranada san Ignacio fulminaba la herejía y un Jesús se deslizaba en otra cuerda y hacía lo mismo de su lado. Con ellos y sus proezas acrobáticas, el propósito mediático era evidente: la Compañía de Jesús establecía su superioridad militante en el campo religioso al destruir a la herejía y asentaba al mismo tiempo su prestigio al prohijar un invento de lo más ingenioso. Y nuestro mundo dominado por los medios audiovisuales no hace más que perpetrar estas añejas tradiciones.

REFERENCIAS

ACOSTA, Joseph de

Historia natural y moral de las Indias, edición de Edmundo O’Gormann, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

Addicion a los festexos

Addicion a los festexos que en la Ciudad de México se hicieron al Marqués mi Señor... con el particular que le dedicó el Collegio de la Compañía de Jesús... México, Bernardo Calderón, 1640.

ALBERRO, Solange

Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles de México dejaron de serlo, México, El Colegio de México, 1992.

“La conjunción de las artes en la venida de Nuestra Señora de los Remedios a la ciudad de México, 1616”, en BUXÓ (ed.), 2001, pp. 65-84.

“Modernidad jesuita: la fiesta de las reliquias en la Ciudad de México, 1578”, en BALLÓN AGUIRRE y RIVERA RODAS (coord. y eds.), 2002, pp. 71-90.

“Las cuatro partes del mundo en las fiestas virreinales peruanas y novohispanas”, en O’PHELAN GODOY y SALAZAR-SOLER (eds.), 2005, pp. 147-161.

ARZÁNS DE ORSÚA Y VELA, Bartolomé

Historia de la Villa Imperial de Potosí, edición de Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, Providence, Brown University Press, 1965, 3 tomos.

BALLÓN AGUIRRE, Enrique y Óscar RIVERA RODAS (coord. y eds.), Dalia HERNÁNDEZ REYES, Dalmacio RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ (colabs.)

De palabras, imágenes y símbolos. Homenaje a José Pascual Buxó, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

BUXÓ, José Pascual (ed.)

La producción simbólica en la América colonial, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

DUARTE, Carlos F.

Historia del traje durante la época colonial venezolana, Caracas, Armitano, 1984.

GUTIÉRREZ DE MEDINA, Cristóbal

Viaje de tierra y mar, feliz por mar y tierra, que hizo el excellentísimo señor Marqués de Villena, mi señor... yendo por Virrey y capitán General de la Nueva España, México, Juan Ruiz, 1640.

MORALES PASTRANA, Antonio

Solemne, plausible y festiva pompa, con que México celebró la Beatificación de la gloriosa Virgen Limeña, Santa Rosa de Santa María, México, Lupercio, 1671.

O'PHELAN GODOY, Scarlett y Carmen SALAZAR-SOLER (eds.)

Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2005.

PÉREZ DE RIVAS, Andrés

Crónica e historia religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús de México en Nueva España, México, Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús, 1896, 2 tomos.

Relaciones de las fiestas

Relaciones de las fiestas por la canonización de Ignacio de Loyola y Francisco Javier en México (1622) y Puebla (1623), texto crítico, paleográfico y anotado, TeatrEsco, 2, 2007), publicación electrónica de la Universidad de Valencia <http://parnaso.uv.es/ars/teatresco/Revisat/Revistas2>

ROBLES, Antonio de

Diario de Sucesos Notables (1665-1703), edición de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1946, 3 tomos.

SALAS Y VALDÉS, Agustín de

Diseño Historial de los gozos ostentativos con que la regia ciudad de Lima celebró el deseado nacimiento del católico príncipe N.S. D. Felipe Andrés Próspero..., Lima, Juan de Quevedo y Zárate, 1660.

SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de

Glorias de Querétaro en la Nueva Congregación Eclesiástica de María Santísima de Guadalupe..., México, Viuda de Bernardo Calderón, 1680.

SUARDO, Juan Antonio

Diario de Lima, 1629-1639, publicado con introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte, Lima, Universidad Católica del Perú, 1936, 2 vols.

